

## LA ELECCION PRESIDENCIAL FRANCESA

En el mes de diciembre, los franceses han sido protagonistas de un hecho político cuya importancia a nadie escapa. Yo he podido seguir muy de cerca, en suelo francés, las vicisitudes de este singular acontecimiento, que trato de analizar en las páginas que siguen.

Razones no sólo de índole estrictamente política —todo lo que la figura particular del general de Gaulle supone—, sino también de Derecho constitucional —elección del Presidente por sufragio universal—, han contribuído a rodear de un interés poco común las jornadas del 5 y 19 de diciembre pasado.

Recordemos brevemente que, en efecto, el Presidente de la V República francesa está dotado de amplias atribuciones, que hacen de él la figura central del sistema (1). Según el texto inicial de la vigente Constitución, el Presidente era elegido por un cuerpo electoral (compuesto por algo más de ochenta mil personas), intermedio entre el Parlamento (que elegía al Presidente, tanto en la III como en la IV Repúblicas) y el pueblo (que elige al Presidente en los sistemas presidencialistas). Pero la reforma de octubre de 1962 —discutida en cuanto a su ortodoxia constitucional— estableció que, en adelante, el Presidente será elegido por sufragio universal directo por todos los franceses y francesas mayores de veintiún años.

Por lo tanto, si se exceptúa el aislado caso (de extraño significado, por otra parte) de 1848, la presente ocasión ha sido la primera en que el Presidente de la República ha sido directamente designado por el pueblo francés. De ahí, entre otras razones, la importancia del hecho. Porque, en efecto, un Presidente así elegido se ve rodeado de una fuerza y de un soporte grandes. En adelante, por ejemplo, el Parlamento ya no será el único órgano de raíz popular, y el Gobierno ocupará un plano inferior al del Presidente (2).

Nótese, por otra parte, que el Presidente es elegido por siete años. Ele-

---

(1) Cfr. mi obra *La V República francesa*, Universidad de Navarra, 1962.

(2) Véase, en este sentido, DUVERGER: «Les pouvoirs du président», en *Le Monde*, 30 de noviembre de 1965.

gir por un mandato tan largo la persona que reúne tan amplias atribuciones y posibilidades es negocio importante. Mucho más si por medio anda en juego la persona del general de Gaulle.

Así se explica que algunos sectores políticos se tomaran con tiempo la preparación de la elección presidencial. Su prehistoria —llamémosla así— no carece, sino todo lo contrario, de interés.

### EL INTENTO DEFFERRE

Ya desde 1963 se sabía que el candidato que la izquierda opondría al general de Gaulle sería Gaston Defferre, destacada figura política, miembro de la S. F. I. O., alcalde de Marsella, diputado.

Es en abril de 1965, tras las elecciones municipales (en las que Defferre fué reelegido), cuando se lanza prácticamente a la batalla el candidato de la *gauche*. El intento Defferre es digno de estudio no sólo porque suponía una preparación concienzuda de la campaña electoral, sino también por el destacado vigor personal del candidato, y sobre todo porque Defferre —esto nadie se lo discute— concibió un ambicioso plan político, que él mismo bautizó con el nombre de *Fédération Démocrate Socialiste* (que en adelante designaremos así: F. D. S.).

#### *Naturaleza de la F. D. S.*

La idea de Gaston Defferre parecía honesta, ambiciosa y seria. El análisis que hizo en declaraciones y Congresos era sugestivo, y llegó a interesar a muchos, como veremos:

«En 1954 —decía Defferre—, Mendès-France creó una corriente de izquierdas. En 1958, de Gaulle ha creado una corriente de derechas. Un gran número de electores (e incluso de elegidos) del centro, que habían sido seducidos por Mendès-France, siguieron después a de Gaulle. Es esta masa de electores indecisos, que se inclina, bien a un lado, bien a otro, la que cambia el curso de las elecciones.

La función de un hombre político, digno de este nombre, no consiste en buscar lo que agrada a los electores, sino en tratar de crear el movimiento comparable al de 1954, en convencerles de que las tesis que él expone son las más adecuadas al interés general.

las que permiten la evolución, el progreso. Si triunfa, la corriente está creada y se puede obtener la victoria.

Yo no renuncio, pues, a ninguna de mis ideas. Yo trataré de convencer a mis conciudadanos de que, frente al poder personal retrógrado, en que ha parado el gaullismo, y al comunismo francés, a la vez staliniano y desorientado por los acontecimientos, la mejor solución es votar por el programa que yo expongo, y en consecuencia, por mí» (3).

No se trata de eliminar el régimen de partidos políticos ni de volver a prácticas pasadas:

«Yo estoy tan lejos de las concepciones del general de Gaulle como de las de los jefes comunistas franceses, que, de hecho, siguen siendo muy stalinianos.

El general de Gaulle quiere, a todo precio, liquidar los partidos políticos. Pero no hay régimen democrático sin partidos políticos. No hay, pues, que suprimirlos, sino permitirles que cumplan su papel por el bien de la nación. Para esto es preciso modernizarlos y reforzarlos, de manera que nazca en el país una democracia sana y viva, con un poder estable y fuerte y un control popular efectivo. Sólo grandes partidos políticos que cuenten con un número grande de adheridos, verdaderamente representativos de la opinión pública, permitirán alcanzar este objetivo.

Todo proyecto fundado en la destrucción, la desaparición, la dispersión de los partidos políticos es, a mi juicio, peligroso» (3).

Una de las ideas capitales del proyecto de F. D. S., varias veces repetida por Defferre, era ésta:

«En esta elección presidencial yo veo menos la ocasión de llegar a ser Jefe del Estado que de intentar transformar las estructuras de la vida política francesa. Ocupar una posición, aunque sea tan elevada, no ofrece ningún interés: lo interesante es actuar y realizar» (3).

Tema no menos importante, estrechamente ligado con el anterior, era el de las fuerzas políticas que habían de integrarse en la F. D. S.:

«Hay en el país conservadores y reformadores. Nuestro deber: reunir a todos los que están decididos a realizar la democracia eco-

---

(3) Declaraciones al periódico *Le Monde*, 13 de abril de 1965.

nómica, dar a todos igualdad de oportunidades y construir Europa» (4).

En cuanto al P. C.:

«Mientras no haya un mínimo de vida democrática dentro de la Organización, mientras estos eventuales asociados sigan expuestos a las sacudidas y revisiones de un estado mayor incontrolado, ninguna cooperación seria será posible con el partido comunista. Mientras no admita que, en las sociedades avanzadas de Europa occidental, en absoluto se puede imponer el socialismo por la violencia y aplastar la economía bajo una burocracia monstruosa, ninguna discusión útil se podrá entablar con él en torno a un programa de Gobierno...

Mi objetivo no es excluir a los comunistas de la comunidad nacional, sino hacerles entrar en ella. Para conseguirlo es preciso sacarlos de su aislamiento, en lugar de encerrarse en él con ellos...

Será preciso que cambie (el P. C.). Deseo que cambie; pero para ello no tenemos más que un medio: crear al lado de él una formación más poderosa y más dinámica» (3).

Como puede verse, el plan Defferre era ambicioso: abarcaría la S. F. I. O., el M. R. P., el P. S. U., la U. D. S. R. y el partido radical, por de pronto. De otro lado, la F. D. S., según la mente de su autor, debía configurarse de acuerdo con estos cuatro principios:

«La Federación, ante todo, debe ser nueva y moderna. No puede ser un vago arreglo ni una reunión de estados mayores.

Además, debe estar abierta a todos los verdaderos reformadores, que los hay entre los cristiano-demócratas.

Debe crear una situación clara: que cada uno, antes de adherirse a ella, se declare partidario de grandes reformas.

En fin, debe ser eficaz: es necesario que se deleguen verdaderamente poderes en ella y que todos acepten la disciplina común» (4).

El 8 de mayo, Defferre (5) presentaba en la Secretaría General de la S. F. I. O. el proyecto de F. D. S. Después de indicar las razones que acon-

(4) Declaraciones ante la Convención de las Instituciones Republicanas. Cfr. *Le Figaro*, 26 de abril de 1965.

(5) Junto con ALBERT GAZIER, GÉRARD JAQUET, GEORGES BRUTELLE, CHRISTIAN PINEAU y PIERRE MÉTAYER.

sejaban la formación de ésta, los autores del proyecto exponían las bases sobre las que, a su juicio, debía constituirse: 1) Sus miembros deben estar de acuerdo sobre las acciones políticas fundamentales. 2) Los miembros de la Federación serán de inspiración demócrata socialista. Toda exclusión *a priori* queda descartada. 3) Para aumentar su audiencia, la Federación llamará también a los hombres conocidos por su actividad pública, pero que están al margen de los partidos, y a las organizaciones que se interesan por los problemas políticos (clubs, grupos cívicos). 4) La Federación colaborará con las cooperativas, mutualidades y sindicatos bajo la forma que estas organizaciones deseen.

El proyecto Defferre contó en seguida con la enemiga de los gaullistas, como era natural. Pero quienes más vivamente acusaron el golpe fueron los comunistas, que, como hemos visto, quedaban excluidos de la F. D. S., y, lo que es peor, aislados de todo porvenir político, a menos que evolucionaran profundamente, cosa nada probable. Por lo demás, el proyecto suscitó, en general, un gran entusiasmo. Se trataba de un «desafío al futuro», de un «o todo o nada» arriesgado, pero prometedor.

A nadie se ocultaba que la empresa era ardua en un país donde los hábitos políticos están hechos de una compleja pluralidad de partidos, que siempre han encontrado grandes dificultades para entenderse y agruparse. Sobre todo no se veía fácilmente cómo S. F. I. O. y M. R. P. pudieran integrarse.

Las primeras reservas y dificultades aparecieron en el seno del propio partido de Defferre. Uno de sus más destacados miembros —Claude Fuzier—, y en un periódico socialista —*Le Populaire* (6)— publicaba un artículo que reflejaba esta preocupación: «La Federación, ¿será ante todo socialista —en el sentido ideológico del término—, o descansará sobre formas de compromiso entre el pensamiento y el método socialistas y otros?» Además, Fuzier no hacía ninguna referencia al M. R. P., al que Defferre se había dirigido formalmente, y recordaba que la S. F. I. O. lucha en particular por la laicidad. Finalmente, Fuzier planteaba un problema, que estaría en el centro de todas las discusiones posteriores en torno al proyecto de F. D. S.: el de que la S. F. I. O. conserve «su personalidad y su carácter» (tesis de Guy Mollet, como veremos).

---

(6) 11 de mayo de 1965.

*La actitud de los diversos grupos políticos*

Por la propia naturaleza de la F. D. S., el proyecto Defferre debía pasar por una serie de tamices. Tenía que ser aprobado, desde luego, por el partido socialista, pero, además, por los grupos políticos a los que el proyecto iba dirigido. De esta manera tuvo lugar una verdadera «carrera de obstáculos», cuyos principales momentos me propongo analizar:

1. Ante el *Comité des démocrates*. Esta fué la primera prueba. El 13 de mayo, Defferre expuso su plan ante el citado Comité, compuesto, fundamentalmente, por Lecanuet, Fontanet y Braun (M. R. P.); Maurice Faure, Ehrard, Duhamel y Filippi (radicales); Baudis Fouchier, Ménard y Motte (Centro Nacional de Independientes).

Del ambiente y del tono de esta primera confrontación da idea el titular que el diario *Le Monde* publicó el día 15 de mayo: «Le Comité des démocrates a accueilli M. Gaston Defferre en "réformateur" de la vie politique». Al final de esta entrevista se dió a conocer el siguiente comunicado:

«El Comité de demócratas, que se constituyó hace dos años para contribuir a la simplificación de la vida política francesa por la constitución de una fuerza mayoritaria con voluntad reformadora, ha recibido hoy a Gaston Defferre, que le ha expuesto los principios y los objetivos de su proyecto de Federación.

Se ha puesto de manifiesto la convergencia de estas orientaciones. El Comité de demócratas ha insistido en la necesidad de llegar a la creación de una fuerza política nueva, si se quiere crear, según deseo de los franceses, una verdadera mayoría en que se apoye el Gobierno.»

Sin embargo, no todo eran parabienes para el proyecto de F. D. S., incluso en esta primera prueba. Una pequeña nube se divisa en el horizonte: donde Defferre habla de «federación», el comunicado (el M. R. P. sobre todo) habla de «una fuerza política nueva»; es decir, una fuerza política en la que ya no se distinguirían sus componentes. A esto, como luego se verá, no estarán dispuestos algunos socialistas, y sobre todo, el secretario general de la S. F. I. O., Guy Mollet, que pretende, más bien, agrupar las fuerzas democráticas «en torno al partido socialista».

Dicho más precisamente: ¿cambiaría la naturaleza de la F. D. S. si el M. R. P. formara parte de ella? No anduvo desacertado Duverger —los hechos le darían la razón— cuando contestaba así a esa pregunta: «El P. C.

el P. S. U., los amigos de Guy Mollet, ciertos radicales y algunas «izquierdas varias» lo pretenden. Según ellos, con el M. R. P. la operación proyectada vendría a ser una coalición centrista y no una reagrupación de la izquierda. Este tema está siendo, poco a poco, el argumento esencial de los adversarios del proyecto Defferre. Jugará, sin duda, un papel importante en los debates del congreso socialista de Pentecostés» (7). Y añadía Duverger: «La cuestión no consiste en saber si la adhesión del M. R. P. facilita la obstrucción de Guy Mollet, sino si el M. R. P. tiene su puesto en una agrupación de la izquierda no comunista. La respuesta no es simple, porque la frontera entre la derecha y la izquierda pasa precisamente por el interior del M. R. P.» (7). Retengamos estas reflexiones, por el momento.

2. La posición del P. C. era neta. El triunfo de la F. D. S., como antes hemos dicho, hubiera supuesto el aislamiento total del P. C. La preocupación y el nerviosismo de los dirigentes de éste eran manifiestos ante el cariz que las cosas iban tomando. Por aquellos días, Waldeck Rochet, secretario general del P. C., acusó a Defferre de volver, so capa de querer hacer algo nuevo, «a las viejas combinaciones políticas del pasado que han desacreditado la democracia» (8). Unos días más tarde, Rochet volvía a la carga, en una carta dirigida a Mollet, en la que decía que su partido (el P. C.) había hecho varias proposiciones respecto a la designación de un candidato común a la elección presidencial; propuestas —añadía Rochet— que no han sido escuchadas. Y, sin embargo, la situación política francesa demuestra —seguía diciendo— que sólo la unión de todas las fuerzas democráticas puede poner fin al régimen de poder personal. «Creemos deber nuestro —terminaba diciendo— informarle de que, en caso de fracaso de nuestras gestiones cerca de usted, nos veremos obligados a presentar nuestro candidato, pues no queremos ni poder gaullista ni coaliciones del pasado, que han favorecido la llegada del gaullismo» (9).

3. La actitud del M. R. P. Fué en el congreso nacional de Vichy (últimos días de mayo), donde el M. R. P. sometió a examen el proyecto Defferre. El resultado puede resumirse así:

a) Respuesta afirmativa al proyecto de F. D. S. (10). Sólo una voz disidente: la de Pflimlin (11).

(7) DUVERGER: «Les chrétiens démocrates et la gauche», en *Le Monde*, 23-24 de mayo de 1965.

(8) Discurso en Cruas (Ardèche). Cfr. *Le Monde*, 25 de mayo de 1965.

(9) Véase el texto de la carta en *Le Monde*, 1 de junio de 1965.

(10) «Hace sólo dos años —decía FONTANET, secretario general del M. R. P.— cuando lanzamos nuestra llamada en favor de una gran fuerza nueva con voluntad reformadora, nuestro proyecto fué rechazado y ciertos miembros de la S. F. I. O. hablaron de divergencia esencial... Por fin, llega una respuesta y nos alegramos sinceramente de

b) Por supuesto, el P. C. debe quedar al margen de todo acuerdo (12).

c) La F. D. S. no puede convertirse en una «satelización» de los demás partidos por la S. F. I. O. Por eso, el «sí» del M. R. P. es condicional.

En el Congreso de Vichy se insistió en este último punto porque, por aquellos días, Defferre —respondiendo a las críticas de algunos miembros de su partido, que creían ver en la F. D. S. un socavamiento de la S. F. I. O.— había publicado varios artículos, en los que tranquilizaba a los socialistas, asegurándoles que no había tal socavamiento del partido. Pero si estas afirmaciones tranquilizaron a los socialistas, intranquilizaron, como es natural, al M. R. P., que afirmaba haber recibido seguridades por parte de Defferre, cuando éste se presentó ante el Comité de demócratas, en el sentido de que se trataría de una verdadera «federación» de diversos partidos en pie de igualdad (13).

---

encontrar en ella las posibilidades de acercamiento que deseamos. Saludamos las grandes posibilidades de renovación que así pueden presentarse.» (Cfr. *Le Figaro*, 28 de mayo de 1965.)

«Nuestra reacción ante el anuncio de este proyecto de federación demócrata socialista —decía, por su parte, ABELIN— está llena de satisfacción. Por primera vez un líder socialista hace suyas, parece, las tesis que nosotros hemos formulado ya en 1963, y que hemos defendido incansablemente desde entonces. La finalidad que se nos indica —creación de una fuerza democrática que pretende una mayoría de sufragios y se pronunciaría, en último término, sobre una candidatura a la presidencia de la República— nos conviene perfectamente.» (Cfr. *Le Monde*, 30-31 de mayo de 1965.)

Y TEITGEN: «No podemos decir "no" a lo que pedimos desde hace tanto tiempo. Estamos comprometidos por un texto.» (Id.)

Finalmente, LECANUET, presidente nacional del M. R. P., defendió con calor la misma postura: «Estamos en un momento grave. Gaston Defferre propone una revolución de las estructuras tradicionales. ¿Cómo podemos decir "no" a nosotros mismos...? En todo caso el M. R. P. no debe cargar con ninguna responsabilidad en la detención de un movimiento cargado de tantas esperanzas.» (Id.)

(11) «Se trata, en realidad, de crear un gran partido de izquierda, cuya ala derecha sería el M. R. P.» (*Le Monde*, 30-31 de mayo de 1965.)

(12) Valga, por todos, el testimonio de LECANUET: «Ningún acuerdo, ninguna unidad de acción es posible con los comunistas.» (Cfr. *Le Monde*, id.)

(13) P. VIANSSON-PONTÉ vió justamente el problema cuando escribió: «El hecho de estar avalado por otras formaciones constituirá, a la vez, una ventaja y un handicap. El proyecto de federación gana con ello en peso, en seriedad, pero el candidato escapa un poco más al control del partido, si gana el pleito, y nadie ignora cuán riguroso es el particularismo de la S. F. I. O. Defferre lo sabe bien, y por eso, desde hace algunos días, multiplica las cartas a los periódicos, para asegurar que en absoluto pretende el "socavamiento" de su propio partido. Aquí el candidato al Elíseo se encuentra en una posición muy delicada: porque si llega a convencer a sus amigos socialistas de que no se trata de socavar el partido, corre el riesgo de que sus aliados de las otras formaciones se inquieten y multipliquen las condiciones, por miedo a ser «satelizados»; si, por el contrario, sostiene que su "Federación" constituye un paso

4. La postura de la S. F. I. O. Conseguido el «sí» (?) del M. R. P., el máximo obstáculo a salvar por el proyecto de F. D. S. era el partido socialista, que celebró su LV congreso nacional en Clichy, del 3 al 6 de junio.

Antes de proceder a su examen, nótese que las conclusiones del congreso del M. R. P. no coincidían totalmente con el plan Defferre, según mentes avisadas observaron (14). Así, pues, la situación en este momento es la siguiente: el M. R. P. fija una línea, que dice coincidir con el proyecto Defferre (al menos con las declaraciones que éste hizo ante el Comité de demócratas), y confía en la promesa de aquél, en el sentido de que no hará concesiones en el Congreso de la S. F. I. O. Según algunos, la concordancia de ambas posturas era menor de lo que parecía. Pero, sobre todo, el congreso de Clichy haría más profunda la diferencia.

Defferre acudió a él dispuesto a sacar adelante íntegramente su plan, y habló con toda claridad, sin ambigüedades. Su pensamiento, en síntesis, era éste: la oposición democrática es impotente. Está dividida, es ineficaz. Esto se debe, esencialmente, a que los partidos o los organismos que la componen, y que están de acuerdo sobre la necesidad de luchar contra el poder personal, no están de acuerdo ni sobre los métodos ni sobre los objetivos. No queremos una unión vaga de todos los adversarios del poder personal. Debemos hacer, sin equívocos, la distinción entre demócratas conservadores y demócratas partidarios del progreso: lo que llamamos los reformadores. Una federación estrecha, la hemos conocido en el pasado: la experiencia prueba que este género de contrato no resiste la prueba de los hechos.

El M. R. P. —es Defferre el que sigue hablando—: cierto que hay en él conservadores. También los hay entre los radicales. Por el contrario, nosotros hemos introducido muchas reformas políticas unidos con el M. R. P. El dilema es: o continuamos en la vía del socialismo cerrado, replegado sobre sí mismo, lo que conduce a la asfixia progresiva, o nos lanzamos por la vía del socialismo abierto y dinámico, como quiso Leon Blum hace veinte años.

El problema de la laicidad: su regulación no debe constituir una cuestión previa.

De momento, Defferre proponía la federación. La fusión de los partidos dentro de ella tendría que ser aprobada por otro congreso de la S. F. I. O. (15).

---

hacia la fusión de todas las organizaciones adheridas en un gran partido laborista..., se enajena buen número de socialistas y pierde terreno en el seno de la S. F. I. O... Ha llegado la hora de que el M. R. P., hoy, y, sobre todo, la S. F. I. O., mañana, demuestren que son sinceros cuando llaman a la unión a toda la izquierda no comunista.» (*Le Monde*, 29 de mayo de 1965.)

(14) Cfr., a este respecto, el artículo de DUVERGER: «L'équivoque», en *Le Monde*, 1 de junio de 1965.

(15) Ver el texto del discurso en *Le Monde*, 5 de junio de 1965.

Como puede verse, Defferre no sólo no hizo concesiones, sino que atacó duramente las tesis de sus rivales. Con ello arriesgaba mucho, como es natural. Fué aplaudido en su intervención, pero no suscitó el entusiasmo.

La oposición la sostuvieron, principalmente, Laurent, Moch y Mollet. El segundo atacó, sobre todo, el intento de inclusión del M. R. P. Este, según Moch, no es ni laico ni socialista. Guy Mollet se había de mostrar más conciliante en la forma, en su respuesta a Defferre, pero, en definitiva, se pronunciaba resueltamente contra el proyecto de F. D. S. No estaba dispuesto a dejar que se minara el partido. «No es el patriotismo de partido el que me anima —dijo—. Estaré dispuesto un día a proponerles a ustedes la desaparición del partido si se presenta la posibilidad de crear un instrumento nuevo al servicio del socialismo. Si soy conservador, lo soy del socialismo. Leon Blum aceptaría ciertamente la renovación, pero no el cambio de nuestra doctrina.»

También se mostró intransigente Mollet en el tema del laicismo: «El laicismo —decía— aparece ahora como una enfermedad vergonzosa, de la que no se debería ya hablar. ¿Acaso el laicismo del Estado y de la escuela molestan a alguien en el partido?»

«Sea lo que fuere lo que usted dice —sostenía, finalmente, Mollet contra Defferre—, nos propone algo más estrecho. De ahí vienen todos los malentendidos. Usted quiere una federación amplia, y la llama "demócrata socialista". De ahí proviene también la sospecha, quizá legítima, de revisionismo» (16).

Tan importante, o más, que las sesiones públicas del congreso fueron las deliberaciones de la Comisión de resoluciones, que estuvo reunida durante doce horas, lo que da idea del interés despertado por el proyecto F. D. S. y del apasionamiento que rodeó este congreso, cuya moción final decía, entre otras cosas: «El partido socialista pide que se reúnan lo antes posible representantes de todas las organizaciones interesadas para establecer la carta y los estatutos de esta federación. Así, sus delegados podrán discutir de manera positiva y rápida y dar a conocer las modificaciones, adiciones o supresiones a las competencias federales que cada organización sugiera, así como las soluciones que proponga a las cuestiones que parezcan litigiosas» (cfr. *Le Monde*, 8 junio 65).

Es interesante saber que la votación para el nombramiento de los miembros de la Comisión de resoluciones arrojó el siguiente resultado: 1.302 mandatos para los partidarios de Defferre, 1.270 para los partidarios de Mollet.

---

(16) Todos los debates del congreso en *Le Monde*, 6-7 de junio de 1965.

lo que, en miembros de la citada Comisión, da la victoria a Defferre por 14 puestos contra 13.

En resumen: victoria (aparente al menos) de Defferre, pero éste no era sino uno de los encuentros de este largo combate en que se empeñó el alcalde de Marsella. Algunos espinosos problemas quedaban sin dilucidar, como hemos visto a lo largo de nuestra exposición. Estos problemas están, en adelante, netamente delimitados, y serán los que decidirán la partida en el siguiente —y último— acto del drama.

5. El proyecto de Carta de la F. D. S. El congreso de la S. F. I. O. dejó descontento al M. R. P. Según éste, las conclusiones de aquél no coincidían con las propuestas que Defferre hiciera al Comité de demócratas. El 9 de junio se reunió la junta nacional del M. R. P. para estudiar la situación. Al final de la reunión se hizo público el siguiente comunicado:

«El congreso socialista ha votado una moción que, en puntos esenciales como la actitud frente al partido comunista, el colectivismo y la cuestión escolar, difiere de las declaraciones de Gaston Defferre, sobre las que se pronunció el congreso nacional del M. R. P.

El M. R. P. está dispuesto a entrevistarse con Defferre a fin de lograr sobre estos puntos algunas aclaraciones previas.

Confirma que participará en la creación de la Federación, cuyo nombre deberá determinarse en común, cuando se haya obtenido la adhesión, sin reservas ni equívocos, de las organizaciones interesadas en las propuestas hechas por Gaston Defferre ante el Comité de demócratas» (17).

En efecto, en la moción final del Congreso de la S. F. I. O. se puede leer:

«La creación de una formación poderosa y dinámica de demócratas partidarios del progreso podrá contribuir a la evolución del partido comunista, cuya reintegración a la vida política francesa convertirá en activas fuerzas hoy esterilizadas.»

Y también:

El partido socialista sugiere «la solución del problema de la laicidad de enseñanza por la atribución de los fondos públicos a

---

(17) Cfr. *Le Figaro*, 10 de junio de 1965. El texto y la intención de este comunicado hay que completarlos con los comentarios de LECANUET (publicados por el citado periódico) y por el artículo de FONTANET: «A mi-chemin», en *Forces Nouvelles*, 10 de junio de 1965.

las escuelas públicas y la integración en la educación nacional de los maestros y de las escuelas privadas que reciben fondos públicos.»

La situación era delicada. Todo volvía a estar donde estaba. El 9 y el 10 de junio tuvieron lugar las deliberaciones de la junta nacional del M. R. P. (como hemos dicho), del Comité de demócratas, del Comité directivo de la S. F. I. O. y de la Junta del partido radical. Ante tanto trasiego, y en vista de que la situación era cada vez menos clara, la S. F. I. O. propuso una reunión de todos los grupos interesados el 15 de junio.

La propuesta prosperó, y así, el 15 de junio, en medio del mayor secreto, tuvo lugar la reunión de «los 17», dirigida a deshacer de una vez los equívocos y, de modo concreto, a fijar las bases de una Carta de la Federación Demócrata Socialista.

Los 17 miembros eran: cuatro de la S. F. I. O. (Defferre, Mollet, Quilliot y Schmitt), cuatro del M. R. P. (Lecanuet, Fontanet, Abelin y Braun), cuatro del *Rassemblement Démocratique* (Maurice Faure, Duhamel, Mitterrand y Ebrard), dos representantes de los clubs (Hernu y Lavau), dos representantes del Comité «Horizon 80» (Chevrillon y Servan-Schreiber) y un experto: el profesor Vedel.

El día 15, tras dos reuniones, un corto comunicado, leído (y comentado brevemente) por Defferre, reflejaba las dificultades todavía existentes (18).

El 17 de junio tuvo lugar la reunión definitiva. Los mismos interlocutores en presencia (salvo un cambio en la delegación S. F. I. O.: Quilliot es sustituido por Gazier, ex ministro, decidido partidario del plan Defferre en el Congreso de Clichy).

La reunión comenzó con la lectura, por Defferre, del proyecto de Carta de la F. D. S. Acto seguido se pasó a discutirla punto por punto. Hubo acuerdo sobre la necesidad de aplicar democráticamente la Constitución de 1958, sobre política internacional y sobre algunos aspectos de la política económica. Por el contrario, no hubo acuerdo sobre los puntos siguientes: finalidad de la federación («federación» o «fusión»), presentación de un candidato a la elección presidencial, relaciones con el partido comunista, laicidad y nombre de la federación (19).

La reunión, que duró nueve horas, terminó a las tres horas cuarenta minutos del día 18. Los 17 participantes abandonaron el domicilio de Abelin, el aire serio y la decepción en el alma. Comentarios cortos y graves a la prensa, que esperaba, impaciente, el resultado de esta «noche memorable», en frase de Lecanuet.

(18) Véase el texto en *La Croix*, 17 de junio de 1965.

(19) Cfr. *Le Monde*, 19 de junio de 1965.

El comunicado final, leído por Defferre, decía así: «Los representantes de los partidos políticos han debido reconocer que no podían llegar a un acuerdo suficientemente amplio para realizar una formación política unitaria» (cfr. *La Croix*, 19 junio 65).

Algunas reflexiones se imponen para cerrar el estudio de este importante acontecimiento de la vida política francesa.

Ante todo, hay que decir que el fracaso de la F. D. S. produjo dos tipos de reacciones, fundamentalmente: a) Los partidarios del régimen gaullista no podían por menos de alegrarse, al ver confirmada su tesis: la impotencia de la oposición, dividida e incapaz de presentár un programa unitario, coherente y estable; en el extremo opuesto, «los comunistas no pueden sino alegrarse», dijo G. Marchais, secretario del comité del P. C. b) Los representantes de los clubs que asistieron a la reunión del 17 de junio, quedaron estupefactos, según propia confesión, por la estrechez de perspectivas de los hombres de partido, obsesionados por consideraciones electorales. c) Los hombres políticos responsables de los demás sectores sufrieron una amarga decepción. Todo el mundo constató, esta vez con toda claridad y graves consecuencias, «que, o bien las viejas querellas eran demasiado vivas y las viejas estructuras demasiado sólidas, o bien las razones para unirse, negativas o positivas —contra el poder o por un nuevo régimen—, no eran suficientemente fuertes» (20).

¿Causas del fracaso? «Particularismo y "patriotismo" de partido, preocupaciones de pura táctica electoral a corto plazo, negativa a renunciar a una onza de su pequeña autoridad o de adherirse incluso a una neutralización temporal de los problemas que dividen, incapacidad para imaginar el porvenir e incluso para considerarlo», a juicio de Viansson-Ponté (21). Duverger (22) y Fontanet (23) coinciden en este juicio: en lugar de intentar formar una nueva fuerza política a partir de las existentes, en lugar de renovar los partidos políticos presentes, hay que tratar de crear una fuerza política nueva *a radice*. Lo primero está demostrado (con Mendès-France, en 1955; con Defferre, ahora) que no es viable.

Duverger va más allá: la negativa de los partidos a entrar en la Federación Demócrata Socialista se debe al conservadurismo de sus dirigentes y a su dominio autocrático sobre los órganos de partido más que a la diversidad de las familias políticas. «Si la decisión del 18 de junio de 1965 hubiera

---

(20) Noël COPIN en *La Croix*, 19 de junio de 1965; en parecido sentido, VIANSSON-PONTÉ: *Le Monde*, 19 de junio de 1965.

(21) *Lug. cit.*

(22) «Les anciens et les modernes», en *Le Monde*, 23 de junio de 1965.

(23) En *Forces nouvelles*, 25 de junio de 1965.

sido tomada en un gran congreso común de todas las organizaciones interesadas, en público debate, en lugar de en el secreto de un cónciave restringido, hubiera sido distinta» (22) (24).

Contra lo que a primera vista pudiera parecer, la figura de Defferre salió engrandecida de este intento. Prácticamente, nadie le acusa del fracaso, y casi todos concuerdan en la generosidad de su proyecto. Muerta la nonata Federación, un interrogante se planteaba: ¿se presentaría Defferre a las próximas elecciones presidenciales, a pesar de todo? Pocos días después, el interesado dió a conocer su decisión: no. «No entra en mis planes dirigir una llamada al pueblo contra los partidos», dijo.

## HACIA LAS CANDIDATURAS DEFINITIVAS

### *Replanteamiento de la situación*

He aquí que, tras el fracaso de la F. D. S., y en los primeros días del mes de julio, con el forzoso paréntesis del verano por delante, no se vislumbra ningún candidato con visos de poder hacer frente al general De Gaulle, dentro de cinco meses. Pocos confían en Marilhac y en Tixier-Vignancour para tal empresa. Se necesita un candidato (o dos) que arrastre los votos del centro y de la izquierda.

Esta es la preocupación de los no gaullistas, tanto más obsesiva cuanto que el tiempo pasa y no se vislumbra ese candidato. La situación es de nerviosismo. «Si la oposición —escribía Duverger (25)— no cambia de actitud corre el riesgo de sufrir en 1965 una derrota peor que la de hace tres años» (se refiere a las elecciones legislativas del 62).

A este desconcierto contribuía la incertidumbre de la candidatura de de Gaulle. Algunos pensaban que el Presidente aclararía el enigma en la conferencia de prensa del 9 de septiembre, pero la respuesta fué: «Lo sabrán ustedes antes de dos meses.»

---

(24) La Secretaría general del M. R. P. envió a sus federaciones un informe confidencial donde se expone detalladamente todo el proceso de la proyectada F. D. S. En ese informe, que he podido leer, se fijan responsabilidades y se justifican la actitud del M. R. P. con base en los argumentos ya examinados a lo largo de nuestra exposición.

(25) «Le choix de l'opposition», en *Le Monde*, 30 de julio de 1965.

*El caso Pinay*

En esta situación, los ojos de muchos se volvían hacia un hombre que, por su prestigio y por su popularidad, podía arrastrar tras sí una considerable masa de votos: Antoine Pinay. A mediados de septiembre se librará una verdadera batalla, por parte de elementos centristas, para tratar de convencer al ex jefe de Gobierno a que presente su candidatura. Idas y venidas, entrevistas, declaraciones y rectificaciones pondrán el tema en el primer plano de la actualidad.

Ya de tiempo atrás, Pinay había afirmado que no sería candidato. En alguna ocasión había matizado: a no ser que «circunstancias graves» aconsejen lo contrario. Pocos creían que la negativa de Pinay era definitiva. No se sabía qué podría entender con esos términos. Téngase en cuenta que, por esas fechas, se ignoraba aún si de Gaulle sería candidato. Un nuevo septenado del general (habida cuenta de su política europea) podía ser una «circunstancia grave». Y podía pensarse también una cosa muy distinta: que Pinay sería candidato en el solo caso de que no lo fuera de Gaulle, porque pensara que a sus setenta y tres años no estaba en condiciones de volver a la lucha política para arriesgar alegremente su bien ganado prestigio en una comprometida confrontación con el general de Gaulle. Así pensaban los más optimistas. Después se vió que no andaban en lo cierto.

El 14 de septiembre Pinay recibió la visita de una Delegación del Comité de demócratas, compuestas por Maurice Faure y Ebrard (radicales); Alduy Lecanuet, Fontaner, Abelín y Brau (M. R. P.); Baudis (Centro Nacional de Independientes). Los visitantes hicieron una larga exposición de la política internacional: «Las declaraciones (de la conferencia de prensa del día 9) del general de Gaulle han creado una situación grave. Las consecuencias sobre el futuro de nuestro país pueden ser incalculables.» Pero Pinay no se dejó impresionar fácilmente (26). Repitió que nunca había pensado en ser candidato a la Presidencia y que mantenía su negativa.

Sus interlocutores no se dieron por vencidos y le hicieron ver que sin Antoine Pinay —el único hombre que puede colocar en minoría al general de Gaulle— la elección presidencial adquiriría el carácter de un plebiscito. Nada hizo cambiar de actitud a Pinay, que fundó su razonamiento, en síntesis, en tres ideas: a) Mi candidatura adquiriría una coloración política; pero yo he permanecido desde años al margen de la vida política y lejos de

(26) «Si la situación —dijo— es tan dramática como ustedes me la presentan, ¿por qué no protestan los parlamentarios?, ¿por qué la oposición no suscita reacciones sindicales?» (Cfr. *Le Figaro*, 15 de septiembre de 1965.)

los partidos. b) El general de Gaulle está haciendo, en realidad, su campaña desde hace siete años. Pinay, entrando ahora en liza, no dispondría más que de algunas semanas. c) A mi edad no se piensa en recomenzar una carrera política; se piensa, más bien, en abandonar este mundo.

Al final de la entrevista, Braun, portavoz de la delegación, leyó a la prensa el comunicado siguiente:

«Una delegación del Comité de enlace de los demócratas, compuesta por los señores Alduy, Abelin, Baudis, Braun, Ebrard, Fontanet, Maurice Faure y Lecanuet ha expuesto al presidente Pinay sus preocupaciones sobre la situación internacional, la crisis de Europa y las consecuencias graves que la política gubernamental, en materia extranjera y en materia económica, tendrá inevitablemente sobre la seguridad y el nivel de vida de los franceses.

El señor Pinay ha confirmado a sus interlocutores que jamás había pensado presentar su candidatura a la Presidencia de la República. Sin embargo, comprendiendo sus inquietudes, ha aceptado la idea de otros cambios de impresiones.»

Los «plenipotenciarios» del Comité de demócratas interpretaron de diversa manera la actitud de Pinay: algunos tuvieron la impresión de que su negativa era definitiva; otros, en cambio, creyeron que lo que Pinay exigía, como condición previa, era un amplio apoyo de diversas fuerzas políticas, capaz de hacer frente al general de Gaulle (27).

Los dirigentes ceentristas no se resignaron, en efecto, a la anterior negativa. Dado, además, que el nombre de Mitterrand estaba ya lanzado por la izquierda entera, los «demócratas» no renunciaban a estar representados en la elección del 5 de diciembre. «Estiman —escribía Viansson-Ponté (28)— que la candidatura de François Mitterrand no se dirige a la fracción del cuerpo electoral que sus partidos representan y se sitúa demasiado netamente a la izquierda para recibir su apoyo. Pero piensan que deben estar presentes en la lucha por el Elíseo» (29).

---

(27) «Pinay quiere, en realidad, estar seguro de tener suficientes votos para llegar al menos en segunda posición, tras el candidato gaullista —es decir, ocho millones, aproximadamente. Los "centristas", ellos solos, no podrán proporcionárselos. La ayuda de los socialistas es necesaria. Guy Mollet ha dado seguridades formales a este respecto.» (PIERRE SAINDBRICHIN, en *Sud-Ouest*, 15 de septiembre de 1965.)

(28) *Le Monde*, 15 de septiembre de 1965.

(29) «No teman ustedes —declaraba BRAUN a los periodistas—: estaremos presentes en la elección del 5 de diciembre.» (Cfr. *Le Monde*, 16 de septiembre de 1965.)

Pero las fechas no permitían esperar largo tiempo: el centro tenía que saber lo antes posible si Pinay estaba dispuesto a ser candidato, para, en caso negativo, pensar en otro hombre.

De ahí que el Comité de demócratas vuelva a enviar sus delegados a Saint-Chamond, el 24 de septiembre, al objeto de entrevistarse nuevamente con Pinay. Esta vez se trataba de Abelin y Fontanet (M. R. P.), Braun (M. R. P. y secretario general del Comité) y Ebrard (diputado radical). Estos cuatro hombres presentaron a Pinay un proyecto de «manifiesto de los demócratas», que, al parecer, fué aprobado por aquél «en sus términos, en su letra y en su espíritu». El «manifiesto» constituía el programa del futuro candidato «centrista». Sin embargo, nada nuevo sobre la «candidatura Pinay» (30). A partir de ahora, el centro empezará a pensar, decididamente, en otro nombre, cosa que no va a resultar fácil.

Pero el nombre de Pinay dará todavía mucho que hablar, aunque por conducto muy distinto al anterior. El 1 de octubre —por lo tanto, cuando la candidatura Mitterrand estaba ya completamente lanzada—, Guy Mollet hizo estas declaraciones:

«Deseo que el presidente Antoine Pinay acepte ser candidato del centro de demócratas. Esto no quiere decir que estemos dispuestos a abandonar a François Mitterrand. No se trata de esto. Hemos prometido nuestro apoyo a Mitterrand. Es un hecho consumado; es el candidato de la izquierda. Pero ¿cuál es el problema? El problema consiste en vencer al general de Gaulle, si es candidato.

En todo caso, para derrotarle —a él o a otro candidato gaullista— lo que hace falta es provocar el *ballottage*. En la primera votación, Mitterrand debe obtener el total de los votos de la izquierda. Pero a la derecha, ¿quién es el hombre que puede restar votos al general de Gaulle? ¿Quién puede restarle el número suficiente de votos? No hay más que uno: Antoine Pinay.

He aquí por qué deseo que Pinay sea candidato. Esto, para la

---

(30) Si hemos de creer a VIANSSON-PONTÉ, «lo que es seguro, en todo caso, es que, los partidarios de su candidatura, que se habían empeñado en constituir alrededor del alcalde de SAINT-CHAMOND un deslumbrante "comité de patronazgo", han recibido más negativas correctas o desconsoladoras que aceptaciones. Un alcalde de ciudad importante se considera ya comprometido con otro candidato, otra alta personalidad europea o económica estima que no puede descender a la arena electoral, este antiguo ministro de la V República se niega a tomar posición abierta contra el régimen, aquel general concede la primacía a la unidad del Ejército.» (*Le Monde*, 21 de septiembre de 1965.)

primera votación. Para la segunda, ya se verá. De todas maneras, entre de Gaulle y Pinay, prefiero aún elegir a Pinay» (cfr. *Le Monde*, 2 octubre 65).

Las declaraciones de Mollet produjeron verdadera estupefacción y contribuyeron a oscurecer aún más el panorama político, que, a estas alturas, no estaba nada claro. Según Defferre, las declaraciones produjeron «mala impresión» en la opinión pública. Marcihacy declaró: «Se puede estar por un candidato, pero es preciso decir por qué. Se puede estar contra un candidato, pero es preciso igualmente explicarlo» (31).

En esta situación, Mollet se creyó obligado a aclarar: «Al pedir una candidatura Pinay, yo no tenía la intención de solicitar que se votara por él. Deseaba, simplemente, que hubiera un candidato demócrata liberal, por el que pudieran inclinarse los que no podrán votar por nuestro candidato y tampoco quieren votar por el gaullista» (32).

La postura de Mollet, su —según algunos— «doble juego» tenía que extrañar a muchos, forzosamente. Yo pienso que la cosa no era tan sencilla como a primera vista parecía. El líder socialista, en síntesis, razona así: 1) El problema fundamental es evitar que de Gaulle sea reelegido. 2) Para ello, la primera condición es que no obtenga la mayoría absoluta (= *ballottage*) en la primera vuelta. 3) ¿Cómo conseguir esto? Evidentemente, por una parte, el candidato de la izquierda arrastrará una serie de votos, no pocos, pero insuficientes para provocar el *ballottage*. Hay muchos electores en el centro, centro-derecha y derecha que no están dispuestos a votar por Mitterrand, pero es necesario evitar que voten por de Gaulle (de otro modo, éste obtendrá la mayoría absoluta en la primera vuelta). Solución: crear una candidatura centrista que reste a de Gaulle una parte del cuerpo electoral, la suficiente para —sumada a la izquierda— colocar a aquél en minoría. 4) El hombre capaz de hacer realidad este plan, a juicio siempre de Mollet, es Pinay. 5) Si, en la votación del 5 de diciembre, el orden de los candidatos es: de Gaulle, Pinay, Mitterrand, la lucha, en la segunda vuelta, se reduce a de Gaulle-Pinay. Este, con el apoyo de la izquierda, vencerá el 19 de diciembre.

Las premisas 1) y 2) son puras constataciones de hechos. Nada hay que decir sobre ellas. La 3) constituye una certera visión de la realidad. Los he-

---

(31) En el mismo sentido, muchos comentarios; entre otros, cfr. ANDRÉ GUÉRIN, en *L'Aurore* (2 de octubre de 1965) y PHILIPPE TESSON, en *Combat* (2 de octubre de 1965). Por el contrario, CLAUDE FUZIER trató de explicar la actitud de MOLLET (cfr. *Le Populaire*, 2 de octubre de 1965).

(32) Cfr. *Le Figaro*, 18 de octubre de 1965.

chos han dado la razón a Mollet. Pinay no se presentó a la elección, pero en su lugar hubo Lecanuet, verdadera causa del *ballottage* del Presidente. Para cerciorarse de ello basta ver la irritación del U. N. R. y de los colaboradores de de Gaulle contra el candidato centrista. El punto 5) es un futuro, imposible de comprobar. Yo creo que las cosas hubieran ocurrido como Mollet predijo.

Pero había un último problema, que no estaba claro en las declaraciones de Mollet, y era el más inquietante: ¿qué ocurriría entre la primera y la segunda votaciones, si el candidato centrista resultara tercero y no segundo el 5 de diciembre? ¿Qué haría, en este caso, el candidato de la izquierda? ¿Cuál sería la actitud de Mollet? (33).

Volviendo sobre el tema, Mollet, a la pregunta: «¿Está usted dispuesto, para vencer al general de Gaulle o a su delfín, a abandonar a Mitterrand y a sostener a Pinay?», contestó: «¡No! ¿Cuántas veces es preciso decirlo?» (34).

Efectivamente, Mitterrand, segundo en la votación del 5 de diciembre, no cedió el puesto a Lecanuet. Nadie pensó en lo contrario. Claro que Lecanuet no es Pinay... (35).

### *El candidato de la izquierda*

A tres meses vista de la elección presidencial, el panorama político era confuso. Por una parte, la incógnita de Gaulle, y, por otra, la división de la «oposición» (consecuencia, en parte, de aquélla) daban la sensación de no saber adónde se iba. Aparte algunas candidaturas «liberales» o «de derechas» —a las que la opinión concedía poca audiencia—, hacían falta otras pujantes.

Mientras se desarrollaba el *affaire* Pinay, la izquierda se daba prisa por aclarar su situación. Los acontecimientos se van a precipitar. El 9 de septiembre tiene lugar la conferencia de prensa de de Gaulle, a la que hemos aludido anteriormente. Acto seguido, el mismo día, Mitterrand anunciaba oficialmente su candidatura. El 10 de septiembre quedó constituida la Federa-

(33) Ver, sobre esto, el interesante análisis de BARRILLON en *Le Monde*, 3-4 de octubre de 1965.

(34) *Le Populaire*, 5 de octubre de 1965.

(35) Tanta especulación sobre la candidatura Pinay había de desembocar en un embrollo tal, que el interesado se vió obligado a intervenir, zanjando definitivamente la cuestión con una declaración tajante (cfr. *La Tribune-le progrès*, diario de Saint-Etienne, 23 de octubre de 1965).

ción de la Izquierda Demócrata y Socialista (conocida vulgarmente con el nombre de «pequeña federación»), con base, fundamentalmente, en las ideas de Mollet, de nosotros ya conocidas (cfr. *Le Monde*, 28 septiembre 65 y 12-13 septiembre 65).

Mitterrand, a partir de este momento, será «el candidato de la izquierda». Perteneciente a un pequeño partido, la U. D. S. R. se encuentra en buena situación para no despertar recelos de «satelización» de ningún tipo. En seguida contará con el apoyo de la S. F. I. O. (las famosas declaraciones de Mollet aparte). Los partidos de centro-izquierda no tendrán ningún inconveniente en apoyarle. La incógnita la constituyen los comunistas, factor importante en la batalla.

El P. C. dió siempre la impresión de no querer figurar personalmente en la elección, por miedo a que se pudiera conocer demasiado nítidamente su fuerza el 5 de diciembre y a que se pusiera de manifiesto que no todos los comunistas habían votado por el candidato del Partido. En efecto, los resultados electorales demuestran que de Gaulle ha resultado vencedor en algunos departamentos de mayoría tradicionalmente comunista.

Por estas y otras razones, el P. C. estaba inicialmente bien dispuesto hacia la candidatura Mitterrand. Pocos días antes de la reunión del Comité central del partido comunista, Waldeck Rochet, secretario general del partido, pidió a Mitterrand que precisara su programa político, al objeto de determinar la actitud del P. C. Mitterrand le remitió a su conferencia de prensa del 21 de septiembre (36), cuyo contenido tendremos ocasión de conocer más adelante.

En efecto, Mitterrand celebró una conferencia de prensa el citado día. Fué su verdadera «presentación». Combativo, incisivo, consciente de su papel de gran candidato, expuso ante cuatrocientos periodistas nacionales y extranjeros las líneas de su programa, sus siete opciones fundamentales. Dos días más tarde, interrogado acerca de su posición frente al P. C., declaró: «Recuerdo que, conforme a mi declaración del 9 de septiembre y a los términos de mi conferencia de prensa, invito a los partidos y a las organizaciones políticas todas a determinarse por sí mismas, si no lo han hecho ya, respecto de las siete opciones fundamentales que he presentado a la prensa.»

En fin, el Comité central del Partido Comunista, en su reunión del 23 de septiembre, a propuesta de Waldeck Rochet (37), decidió apoyar la candidatura de Mitterrand, porque es un hombre de izquierda, que, aunque no comunista, sostiene unas tesis que, «tanto en política interior como en política

(36) Véase el contenido de ambas cartas en *Le Monde*, 25 de septiembre de 1965.

(37) Ver su informe en *Le Monde*, 25 de septiembre de 1965.

exterior, comprenden numerosos objetivos que figuran en el proyecto de programa del partido comunista». «No podemos ignorar —añadía el secretario general del P. C.— que el candidato de unión democrática para la elección presidencial difícilmente puede ser, en las circunstancias actuales, un comunista, pues los demás partidos no darían su asentimiento» (cfr. *Le Monde*, 25 septiembre 65).

En las semanas próximas un tema acaparará la atención de las fuerzas de izquierda: el apoyo a la candidatura Mitterrand. Los estudiantes comunistas de la Sorbona (Letras) se declarará en contra; el P. S. U., tras una oposición inicial, pide a sus seguidores que voten a favor de Mitterrand, aunque el partido no participará en la campaña: el partido radical, en su LXII congreso nacional (Lyon, 24 octubre), se adhiere a la Federación de la Izquierda Demócrata y Socialista, aprecia el sentido y el valor de la candidatura Lecanuet; pero, «fiel a su tradición de partido de izquierda, recomienda a sus militantes que sostengan la candidatura de François Mitterrand», lo que no impide a Maurice Faure decir, a mediados de noviembre, que sostendrá a Lecanuet; Mendès-France, saliendo de su largo silencio (no se había pronunciado sobre los problemas de política interior desde octubre de 1962), pide a todos los que confían en él que voten por Mitterrand; finalmente, el consejo nacional de la S. F. I. O., reunido en Clichy el 31 de octubre, ratifica por unanimidad la previa decisión del Comité directivo del partido, y declara:

«El consejo nacional se felicita de la actitud neta y valiente de François Mitterrand en el combate contra el poder personal. Constata con satisfacción que el diputado de la Nièvre ha demostrado, de manera indiscutible, su pertenencia y su vinculación a la familia demócrata-socialista.

El deber de los socialistas consiste en hacer todo lo posible por poner fin al poder personal. François Mitterrand es el único candidato capaz de reunir, en este sentido, el total de los votos de la izquierda. En consecuencia, el consejo nacional aprueba y hace suya con entusiasmo la decisión unánime del Comité directivo de sostener su candidatura. Apela a todos los socialistas y a todos los demócratas para que nada descuiden, a fin de asegurar el éxito de esta candidatura y la derrota del poder personal» (38).

El consejo nacional aprueba, además, sin ninguna reserva, la carta y las estructuras de la «Federación demócrata y socialista».

---

(38) Ver *Le Monde*, 2 de noviembre de 1965.

Se ha hablado de frente popular. Creo que no hubo tal. Me parecen exactas, a este respecto, las palabras de Mitterrand: «Yo no soy candidato de frente popular en la medida en que esto significa pacto de gobierno. Y si me alegro, sin vergüenza, de ser el candidato no exclusivo de los partidos de izquierda, no lo soy de un «cartel» electoral reunido con base en un programa de frente popular y en la continuidad de un pacto de acción para las elecciones legislativas y lo que siga» (39). Y Waldeck Rochet coincidía siempre, en sus declaraciones, con el pensamiento de Mitterrand: no hay un «programa común», sino una unión de todas las fuerzas de izquierda para vencer al «poder personal», venía a decir el secretario general del partido comunista.

### *El candidato centrista*

Ya hemos visto cómo el «centro», tras el fracaso de la F. D. S., no se resignaba a estar ausente en la competición. Primero fueron las gestiones cerca de Pinay. Fracasadas también éstas, había que dar con el hombre que pudiera hacer un buen papel en la batalla del 5 de diciembre.

Pero a fines de septiembre, cuando los demás candidatos (incluso Mitterrand, el más tardío) desarrollaban su campaña, el centro andaba aún a vueltas con la candidatura Pinay. Y todavía el 10 de octubre, en una reunión del M. R. P., en la que se trataba de ventilar la conveniencia de una candidatura centrista, Lecanuet declaraba que era a Pinay a quien correspondía decidirse.

Finalmente, la candidatura centrista recayó sobre Lecanuet (19 octubre). «Ya he dicho que el centro tendría un candidato en las elecciones presidenciales. Yo soy este candidato. Dimito hoy como presidente del M. R. P., no para abandonar mis convicciones, que son conocidas, sino para mostrar mi voluntad de sobrepasar las formaciones políticas existentes» (40).

En efecto, Lecanuet pretendía ser el candidato de una corriente centrista, opuesta al gaullismo, de cuyo triunfo en la próxima elección no quería ser «cómplice» el M. R. P. Esta actitud estaba en la línea adoptada por el partido desde 1962, fecha en que los ministros del M. R. P. abandonaron el Gobierno Pompidou por considerar que era anticonstitucional el referéndum por el que se reformó el sistema de la elección presidencial.

El comité nacional del M. R. P. aprobó la candidatura Lecanuet el 31 de octubre, pero no todos sus miembros estaban presentes en esa decisión.

(39) Cfr. *Le Figaro*, 11 de octubre de 1965.

(40) Cfr. *Le Monde*, 21 de octubre de 1965.

Así, por ejemplo, Pflimlin, Maurice Schumann (que en plena campaña electoral pidió se le permitiera votar por de Gaulle, por «razones personales») y la señorita Dienesch. El comité nacional del M. R. P. no sólo pretendía presentar un candidato, sino que «desea —reza el comunicado— que el conjunto de las colaboraciones que la campaña de Jean Lecanuet reúna, permita el nacimiento de una fuerza política nueva que asegure el futuro del país y la estabilidad de la República» (41).

### Otros candidatos

Junto a las candidaturas Mitterrand y Lecanuet había otras, conocidas de tiempo atrás: Antier (candidato del Movimiento demócrata y campesino), que desistirá más tarde; Marcilhacy (candidato «liberal») y Tixier-Vignancour (extrema derecha), que ya venía desarrollando su campaña desde hace más de un año. En el momento mismo de cerrarse el plazo para la presentación oficial de las candidaturas se produjo una sorpresa: la aparición de Barbu. De la personalidad y programa político de cada uno de ellos, al igual que de Mitterrand y Lecanuet, se hablará más tarde.

### La candidatura de Gaulle

Faltaba por saber lo más importante: ¿si de Gaulle sería o no candidato y, en caso negativo, quién sería el candidato gaullista. Quien no haya seguido de cerca el problema, difícilmente puede imaginarse el *suspense* en que de Gaulle tuvo sumido al país hasta el 4 de noviembre. Los rumores y los cálculos fueron innumerables y de todo tipo hasta esa fecha. La edad del Presidente, su salud, la inexistencia de un «delfín» claro, etc., entraban en las cábalas de todos los círculos políticos. Numerosas fueron también las críticas frente a tal proceder, muy poco democrático, según la «oposición».

Por fin, de Gaulle anunció en el Consejo de Ministros del 27 de octubre que se dirigiría al país el día 4 de noviembre. Nadie, incluido el Gobierno, conocía la respuesta al gran interrogante (sólo Pompidou, después de la alocución, dijo: «Yo lo sabía»).

La alocución fué rodeada del mayor secreto. Para asegurar la comunicación «directa» al pueblo de la decisión del Presidente se tomaron toda serie de medidas. «El Jefe del Estado, en efecto, deseaba que este anuncio

---

(41) *Le Monde*, 2 de noviembre de 1965.

fuera rodeado de una gran solemnidad, dada la importancia preeminente de la función presidencial en las instituciones. Estimaba también que la cortesía respecto de cada uno de los ciudadanos —directamente interesados en esta elección— exigía que éstos fueran directamente informados por él, "sin intermediario"» (42).

He aquí lo esencial de esta alocución, verdadera pieza oratoria, dicha con el énfasis del de Gaulle de los momentos solemnes y decisivos:

«¡Francesas, franceses! Hace veinticinco años, cuando Francia rodaba hacia el abismo, creí que debía asumir la carga de conducirla hasta que fuera liberada, victoriosa y dueña de sí misma. Hace siete años creí que debía ponerme de nuevo al frente de ella para preservarla de la guerra civil, evitarle el desastre monetario y financiero y construir con ella instituciones que respondan a lo que exigen la época y el mundo modernos.

Desde entonces he creído que debía ejercer los poderes de Jefe del Estado a fin de que Francia pudiese cubrir, en provecho de todos sus hijos, una etapa sin precedentes en su desarrollo interior, recuperar la paz completa y adquirir en el universo una situación política y moral digna de ella.

Hoy, creo que debo estar dispuesto a continuar mi tarea, sabedor, con conocimiento de causa, del esfuerzo que esto supone, pero convencido de que actualmente esto es lo mejor para servir a Francia.

Así, se ofrece a nuestro país el mejor medio de confirmar por sus sufragios el régimen estable y eficaz que hemos instituido juntos. Que la adhesión franca y masiva de los ciudadanos me obligue a continuar en mis funciones: el porvenir de la nueva República quedará decididamente asegurado.

Si no, nadie puede dudar de que se hundirá en seguida y que

---

(42) D. PÉRIER-DAVILLE: «Un secret gardé jusqu'au bout», en *Le Figaro*, 5 de noviembre de 1965. Creo que, aunque no afectan al fondo de los problemas que aquí se estudian, interesará al lector conocer una serie de detalles que reflejan la tensión y la solemnidad de que estuvo rodeado el momento. La difusión de la alocución no tuvo lugar «en directo», para evitar todo riesgo de incidente técnico, sino que fué grabada previamente: pero no al final de la mañana, como suele serlo habitualmente, sino a partir de las seis de la tarde. La difusión, que tuvo lugar a las veinte horas, se realizó no a través del puesto de televisión normal, sino gracias a instalaciones especiales instaladas en la torre Eiffel. Sesenta y seis técnicos y periodistas de la radiotelevisión prepararon la emisión en el Elíseo, de donde no pudieron salir antes de las veinte horas.

Francia deberá sufrir —pero esta vez sin recurso posible— una confusión del Estado más desastrosa aún que la que conoció antaño.»

Luego hay la tradicional crítica de los partidos:

«Ciertamente, hay todavía, habrá mucho que hacer. Pero ¿cómo se haría si el Estado, entregado a los partidos, cayese en la impotencia?» (43).

A la alocución siguió, como era de esperar, un río de comentarios, que pueden resumirse así: a) La decisión del general era esperada por todo el mundo. b) Es inadmisibile la tesis de que «si no soy elegido, Francia se hundirá en la confusión». En este sentido, todos los periódicos y personalidades políticas franceses (44), salvo los gaullistas, claro (45). c) Si todo lo

(43) El texto completo de la alocución puede encontrarse en cualquier periódico francés del día 5 de noviembre.

(44) ROBERT BONY escribía en *L'Aurore* (5 de noviembre de 1965): «Sería difícil encontrar en nuestro pasado una proclamación de soberanía tan categórica, semejante identificación del país y de un hombre: "Sin mí no hay recurso nacional posible..." A pesar del respeto que su persona inspira, esta afirmación es extrañamente peligrosa en cuanto al porvenir que nos está reservado.»

PIERRE-RENÉ WOLF, en *Paris-Normandie* (5 de noviembre de 1965): «La llamada gira en torno a este pensamiento: sin mí, el diluvio; sin mí, la República camina al abismo. Francia renuncia a sí misma. Todo marcha bien desde que yo estoy aquí. No investiguen ustedes si las afirmaciones corresponden a la realidad (...). No investiguen todo esto porque es cuestión de fe.»

Por su parte, JOSEPH BARSALOU decía en *La Dépêche du Midi* (5 de noviembre de 1965): «Nunca el tema del discurso del general de Gaulle ha sido a la vez tan simple y tan brutal (...). De Gaulle se ha limitado a algunas afirmaciones someras, que se resumen en esta alternativa: o yo o el caos (...). Con un refinamiento demagógico se les sugiere a los franceses que es suyo todo el mérito de lo que el régimen pretende haber hecho, y que su concurso continúa siendo indispensable para otras realizaciones... En realidad, lo que se les pide... más netamente que nunca es el abandono de sus responsabilidades.»

El director de *Le Monde* escribía (6 de noviembre de 1965): «Rara vez el carácter plebiscitario de una elección habrá sido tan netamente afirmado. Rara vez un jefe de Estado, dotado de cierta ponderación, habrá vinculado tan rigurosamente el destino de todo un pueblo a su propio destino. Francesas y franceses sólo pueden elegir entre el abismo y él.»

GASTON DEFFERRE comentó: «Tras mí el diluvio no es ni un sistema de gobierno ni un argumento para una reelección. Es, a la vez, una especie de chantaje y una manera de manifestar un desprecio inadmisibile de Francia y de los franceses.» (Cfr. *Le Monde*, 7-8 de noviembre de 1965.)

(45) Así, por ejemplo. JACQUES DE MONTALAIS escribía en *La Nation*, órgano gau-

hecho hasta ahora por la V República se hundirá el día en que de Gaulle desaparezca, ¿no es ésta la mejor prueba del fracaso de su gestión? (46). d) Las reacciones de la prensa extranjera fueron, en general, moderadas. e) La agencia Tass dió a conocer rápidamente la alocución y añadió que ciertos adversarios de la V República no dejarían de votar por el Presidente saliente, en virtud de la política extranjera que practica, de independencia frente a los Estados Unidos y de acercamiento frente a los países del este. f) Satisfacción grande en el *tiers monde*.

## LA CAMPAÑA ELECTORAL

### *Consideraciones generales*

La campaña electoral se abrió oficialmente el día 19 de noviembre, pero, de hecho, empezó antes: en algunos casos —Tixier-Vignancour—, mucho antes. No obstante, los dos candidatos con posibilidades —sobre todo, Lecanuet— empezaron tardíamente su campaña.

Esta fué breve, pues, pero intensa. Hay que distinguir en ella varias etapas: la anterior al 4 de noviembre (anuncio de la presentación de de Gaulle); entre esa fecha y el 19 de noviembre (apertura oficial de la campaña); la que va del 19 de noviembre al 3 de diciembre (término oficial de la campaña).

La primera se caracteriza por una falta de seguridad en el pulso de cada candidato, debido a la novedad del hecho, a la incertidumbre de la candidatura de Gaulle y a los esfuerzos por unir los diversos grupos políticos. La segunda fase galvanizará las posturas de cada candidato, por referencia a la «orgullosa» pretensión del general de Gaulle. La apertura oficial de la campaña señala el momento más importante no sólo por la proximidad del 5 de diciembre, sino porque hará intervenir la televisión, factor revolucionario, como veremos luego, en la batalla política entablada.

La oposición siempre ha sido muy sensible al monopolio de la O. R. T. F.

---

lista, el 5 de noviembre de 1965, que debido a las grandes realizaciones de estos últimos siete años «el general de Gaulle tenía el derecho de estimar que la continuidad se encuentra asegurada a poco que el pueblo quiera. Ha propuesto a los franceses poner, una vez más, su excepcional prestigio a su servicio. Sabiendo que dudaba, sabiendo, incluso, que estuvo tentado de retirarse, ¿cómo, ante todo, no agradecerle una vez más que haya respondido a la llamada?»

(46) En este sentido, «Sirius» en *Le Monde*, 6 de noviembre de 1965.

por el Gobierno. En circunstancias normales, no era posible utilizar la televisión para realizar desde ella un crítica libre, abierta, de la actuación del Presidente y de los ministros. A esto ha respondido varias veces el ministro de Información, alegando que las empresas constructoras que han sido vencidas en un concurso no tienen el derecho a criticar la obra realizada por la empresa vencedora, antes de que aquélla esté terminada. Sólo después podrán tener elementos de juicio suficientes para realizar una crítica responsable. De lo contrario, además, se esterilizan las energías.

Argumentos de este tipo no convencen a la oposición, que ha acusado, por ejemplo, fuertemente, el que, antes de abrirse oficialmente la campaña, la televisión sirviera para realizar una verdadera propaganda a favor del general de Gaulle, so capa de reportajes de información, etc. Así, cuando el 7 de noviembre, domingo, se consagra la mitad del tiempo de las noticias (a la mejor hora del mejor día de la semana) a recordar a las mujeres que fué de Gaulle quien le concedió el derecho de voto. *Le Monde* calificó esta emisión de «escandalosa» (cfr. 9 noviembre 65).

El 16 de noviembre se cerró el plazo de presentación de los candidatos. Al final, de manera imprevista, un candidato sorpresa: Barbu. Por el contrario, retirada de Antier, que había iniciado días antes su campaña y renunciaba ahora, en favor de Lecanuet. El Consejo Constitucional anunció oficialmente las candidaturas —por orden alfabético— de Barbu, de Gaulle, Lecanuet, Marclhacy, Mitterrand y Tixier-Vignancour (cfr. *Journal Officiel*, 19 noviembre 65).

Cada candidato tenía derecho, a lo largo de la campaña (19 noviembre-3 diciembre), a intervenir varias veces, con un tiempo total de dos horas en la televisión y dos horas en la radio. El orden en que habían de intervenir era decidido por suerte. El general de Gaulle utilizó la televisión sólo en dos ocasiones: el 30 de noviembre y el 3 de diciembre (inicialmente, había pensado intervenir sólo el día 3, último de la campaña). El correcto desarrollo de ésta en los medios de la O. R. T. F. fué confiado a la Comisión nacional de control de la campaña para la Presidencia, que desempeñó con eficacia e imparcialidad su cometido, no siempre fácil, como puede suponerse.

La intervención de los candidatos en la televisión produjo una verdadera alteración de la campaña electoral. Antes, sus desplazamientos a lo largo y ancho de la geografía del país habían tenido una influencia relativa en el ánimo de los electores. Cada candidato, a través de mítines, discursos y conferencias de prensa, conseguía, sobre todo, dar la impresión de fuerza por la reunión de sus seguidores. Pero la radio, y sobre todo la televisión, altera-

rán todo, porque gracias a ésta un número muy grande de franceses conocerán la figura, la manera de hablar, la sonrisa y el programa político de personajes que hasta entonces le eran prácticamente desconocidos.

Otro factor importante: hasta ahora, aunque los periódicos pudieron siempre publicar cuanto les plugo acerca de la actuación del Presidente y del Gobierno, nunca el poderoso medio de la televisión pudo ser puesto al servicio de la crítica. Así, durante quince días llegó hasta el último rincón de Francia, a través de seis millones de televisores, la más dura crítica del general de Gaulle que pudo imaginarse. Como muchas plumas han hecho notar, durante los días de la campaña todo ciudadano ha podido oír y, sobre todo, «ver» que las afirmaciones y cifras tantas veces cantadas por el Presidente y por el Gobierno eran puestas en tela de juicio de manera violenta.

De esta manera se explica que la popularidad del general de Gaulle descendiera sensiblemente a lo largo de la campaña oficial, según indicaron los sondeos. Antes de su discurso del 4 de noviembre, a de Gaulle se le concedía entre 60 a 69 por 100 de los votos. El 28 de octubre, uno de los más finos y serios observadores políticos, Raymond Aron («L'opposition desarmée», *Le Figaro*), escribía: «Por supuesto que el general de Gaulle, si es candidato a la Presidencia de la República, obtendrá en la primera votación la mayoría absoluta de votos.» Después del discurso del 4 de noviembre, los sondeos daban a de Gaulle menos del 60 por 100 de votos. Al final de la campaña, sólo un 44 por 100.

A juicio de todos, de Gaulle cometió el error (rectificado en la segunda campaña electoral) de no «descender a la arena». Subestimó el efecto de la campaña de la oposición sobre el cuerpo electoral, que siguió con interés inusitado la intervención de los candidatos en la televisión. Puede decirse, sin temor a hipérbole, que todo el país se daba cita ante las pantallas todos los días, a las veinte horas treinta minutos. Y si el elector sufrió el impacto de la televisión, que le puso al alcance de la mano la personalidad humana y política de los candidatos, éstos no se vieron menos sorprendidos al comprobar que podían influir hasta tal punto sobre el ciudadano.

Por eso, su actuación ante las cámaras revistió un interés enorme. Por un momento se tenía la impresión de estar en presencia de una campaña electoral americana. Los candidatos registraron sus intervenciones televisivas con sumo cuidado, rodeados de todas las garantías técnicas; estudiaron detenidamente fotografía, dicción, posturas y voz; corrigieron defectos de una a otra emisión (podían verse a sí mismos, naturalmente, en diferido, y, además, podían leer todo tipo de comentarios sobre el particular en los periódicos de todas las tendencias).

La televisión, finalmente, ha contribuido poderosamente a despertar al ciudadano francés de lo que repetidamente se había llamado, desde hace bastantes años, despreocupación por los problemas políticos. Un dato importante lo revela: el reducido margen de abstenciones.

### *Los candidatos y sus programas*

Sería ingenuo pensar que la demagogia ha estado ausente en las intervenciones de los candidatos, así como una cierta agresividad de todos frente al general de Gaulle y de éste frente a aquéllos. Esto es lógico si se piensa en la común etiqueta de «poder personal» que todos adjudicaron al general de Gaulle. Es lógico si se piensa en la democratización del régimen que la aparición de la televisión supuso. De todos modos, y en este orden de cosas, hay que decir, a mi juicio, que la campaña se desarrolló dentro de una aceptable corrección. El que la hubiere violado sería el más perjudicado ante la opinión pública.

Naturalmente, la actuación de todos los candidatos tenía un punto de referencia común: la crítica de la política realizada durante los últimos siete años, el «poder personal» ejercido por de Gaulle. Irritan su tono, sus maneras, su aversión al diálogo, aunque no pocos antigauillistas estén de acuerdo con él en puntos diversos, por razones distintas: así, Mitterrand coincide con de Gaulle en su actitud respecto de los países del este, los problemas asiáticos y el *tiers monde*; la derecha coincide en cuanto a la ayuda a la enseñanza libre y la concepción nacionalista.

Reconocían también los candidatos, a veces, el bien de la estabilidad política, la paz y el progreso en materia económica. Esto aparte, cada candidato realizaba, naturalmente, una crítica de ciertos aspectos de la política gaullista, y en particular se presentaba enarbolando una idea propia, que era como el *leit-motiv* de su programa.

Mitterrand, «candidato único de la izquierda», nacido en 1916, licenciado en Letras, en Derecho y en Ciencias Políticas; sargento de Infantería colonial en la guerra, prisionero, evadido, miembro de la resistencia, irrumpe en la vida política en 1947: primero, como diputado; a continuación, como ministro de los antiguos combatientes en el Gobierno Ramadier. Ministro del Interior con Mendès-France, buen orador, miembro de la U. D. S. R. (Unión democrática y socialista de la resistencia); «un personaje de novela», en frase amable de Mauriac; «un personaje florentino», al decir de Grous-

sard, Mitterrand es hombre muy discutido, que cuenta con muchos enemigos.

El programa político de Mitterrand (47) se resume así: modificación de los artículos de la Constitución que hacen posible el «poder personal», garantía de las libertades públicas, reanudación inmediata de las negociaciones del Mercado Común, relaciones con el Este, mantenimiento de la paz, anulación de la «force de frappe», atención a la agricultura, reparto más justo del impuesto y de la renta, enseñanza laica, promoción de la mujer.

Lecanuët, nacido en 1920, combatiente de la resistencia, agregado de Filosofía en 1942, detenido por la Gestapo en 1944, evadido, diputado, ministro con Edgar Faure en 1955, senador en 1959, presidente del M. R. P. en 1963, orador brillante, por un momento ha recordado a Kennedy en la campaña electoral. Progresivamente, a partir de 1958, se ha mostrado cada vez más opuesto al actual régimen. «Abrir los caminos del futuro» y construir la nueva Europa, han sido las ideas sobre las que ha montado su dinámica campaña, dirigida al electorado centrista.

Tixier-Vignancour, nacido en 1907, famoso abogado (defensor de Salan), diputado, candidato de la extrema derecha, ha desarrollado una campaña ruidosa, basada en duras críticas al gaullismo, con un estilo frecuentemente anecdótico y jocosos. Repetidas veces sostuvo que sería el segundo en votos el 5 de diciembre.

Marcilhacy, jurista, del Consejo de Estado, representaba la tendencia «liberal».

Finalmente, Barbu, promotor de las «comunidades de trabajo», se presentó con el fin de servirse de la televisión para exponer sus ideas personales sobre el urbanismo.

### *La actitud de de Gaulle*

De Gaulle no quiso aparecer como un candidato más. Descender a la arena, enfrentarse a los candidatos de «los partidos» y presentar un programa al elector son cosas que no entraban en sus cálculos. Nótese que en la alocución del 4 de noviembre nunca pronunció la palabra «candidato».

---

(47) Expuesto en sus «Siete opciones fundamentales» (conferencia de prensa del 21 de septiembre de 1965, cfr. *Le Monde*, 23 de septiembre de 1965) y en sus «28 propuestas sobre el punto de partida de la izquierda moderna» (conferencia de prensa del 17 de noviembre de 1965, cfr. *Le Monde*, 19 de noviembre de 1965).

En cuanto al programa, dijo, soy bien conocido «después de todo lo que hemos hecho juntos en la guerra y en la paz».

En consecuencia, decidió intervenir sólo durante los ocho minutos de que todo candidato disponía el último día de la campaña, el día 3 de diciembre. Entretanto, los ministros y personalidades gaullistas tomaron a su cargo la defensa del régimen y el ataque de la campaña de los restantes candidatos. Entre éstos, uno —Lecanuet— hizo mella en los medios políticos gaullistas. Contra Lecanuet se dirigieron los más duros ataques de éstos por la evidente razón de que el candidato centrista era el que más claramente amenazaba con llevarse tras sí parte del electorado gaullista.

Los ministros se dieron cuenta de que una serie de temas (los referentes a Europa, sobre todo), desarrollados constantemente por los candidatos, llegaron a interesar a los ciudadanos. Y precisamente era Lecanuet el que más brillante y sugestivamente defendía la idea europea. Por eso pudo escribir Tournoux (48) que «en realidad... asistimos a un verdadero duelo entre el Presidente de la República y el líder del centro de demócratas. La amplitud inesperada que ha adquirido la candidatura centrista demuestra que, en adelante, la suerte final del escrutinio, y en todo caso el porcentaje, dependen de los sufragios de Lecanuet».

Presionado por los suyos, de Gaulle decidió intervenir en la televisión el día 30 de noviembre (además del 3 de diciembre). «El único punto en que concuerdan sus pasiones es mi partida», dijo, refiriéndose a los partidos. Esta es la tesis permanente con que quiso desacreditarlos. Y junto a esto, el consabido tema de la estabilidad política, la paz lograda, el progreso económico, etcétera.

De Gaulle confiaba más que sus ministros en el éxito del 5 de diciembre. Estos, que seguían atentamente los sondeos de la opinión pública, se daban cuenta de que día tras día aumentaban los adeptos de Lecanuet, y todo voto a favor del candidato centrista era un paso más hacia el *ballottage*.

Los sondeos indicaban que, en vísperas de la elección, el número de electores indecisos era muy grande, lo que se interpretaba como fruto del fuerte impacto causado por la campaña (la televisión sobre todo) en el elector. Por ello, la última semana fué de una actividad intensísima: cada candidato procuró por todos los medios hacerse con esa masa flotante de electores. Es

---

(48) «Le phénomène Lecanuet a dérouté la stratégie gaulliste», en *Le Progrès*, 27 de noviembre de 1965.

interesante observar, a través de los sondeos, la evolución del elector durante las semanas inmediatamente anteriores a la votación:

CANDIDATOS	POR 100 VOTOS CALCULADO POR:								Ministerio del Interior
	I. F. O. P. (*)				S. O. F. R. E. S. (**)				
	Fin octubre	6 novbre.	17 - 27 novbre.	1 - 2 dicbre.	26 - 27 octubre	12 - 13 novbre.	24 - 25 novbre.	1 dicbre.	
De Gaulle.....	66	61	46,5	43	69	61	48	49	54
Mitterrand.....	23	25	28	27	23	24	28	26,5	24
Lecanuet.....	4,5	7	14	20	3	8,5	14,5	17,5	15
Tixier-Vig.....	4,5	6	7	7,5	5	5,5	8	8,5	4,5
Marcilhacy.....	2	1	3	2	—	1	1,5	1	2
Barbu.....	—	—	1,5	0,5	—	—	—	0,5	0,5

(\*) Instituto francés de opinión pública.

(\*\*) Sociedad francesa de encuestas y sondeos.

Este cuadro no refleja un dato importante: el número de indecisos, muy elevado —y parecido— en los tres sondeos (29 por 100, según el I. F. O. P.; 28,5 por 100, según la S. O. F. R. E. S.; 30 por 100 en el sondeo del Ministerio del Interior). El porcentaje de cada candidato está calculado sobre el número de votantes «decididos».

Nótese también que los dos últimos sondeos del I. F. O. P. y de la S. O. F. R. E. S. y el del Ministerio del Interior están realizados durante la campaña televisiva.

Estas previsiones hay que ponerlas al lado de los porcentajes obtenidos por cada candidato en la metrópoli: de esa confrontación se desprende que el cálculo realizado por el I. F. O. P. es exacto en lo que concierne a De Gaulle (que obtuvo 43,97 por 100 de votos, frente al 43 por 100 previsto). En cambio, hay un margen sustancial de error para Mitterrand y Lecanuet: lo que se previó de más para el segundo (20 por 100 contra 15,78 por 100 de la realidad) se calculó de menos para el primero (27 por 100 contra 32,04 por 100). Esta coincidencia hace pensar que hubo un desplazamiento de votos de Lecanuet a Mitterrand, bajo la influencia de las últimas intervenciones en la televisión. Quizá hubo también una subestimación del electorado comunista, lo que constituyó ya una sorpresa para la S. O. F. R. E. S. en las últimas elecciones municipales en Marsella.

## LA VOTACIÓN DEL 5 DE DICIEMBRE

Los resultados de esta primera votación fueron:

Inscritos.....	28.913.422		
Abstenciones.....	4.410.465 (15,25 por 100)		
Votantes.....	24.502.957 (84,75 por 100)		
Votos blancos o nulos.....	248.403 ( 0,85 por 100)		
Votos válidos.....	24.254.554		
Mayoría absoluta.....	12.127.278		
	Votos obtenidos	Por 100 votos válidos	Por 100 votos inscritos
De Gaulle .....	10.828.523	44,64	37,45
Mitterrand .....	7.694.003	31,72	26,61
Lecanuet.....	3.777.119	15,57	13,06
Tixier-Vignancour .....	1.260.208	5,19	4,35
Marcilhacy .....	415.018	1,71	1,43
Barbu.....	279.683	1,15	0,96

De estos resultados se desprenden las siguientes conclusiones:

1. La participación electoral fué muy alta. Nunca, desde 1945, se había conocido un porcentaje tan increíblemente bajo de abstenciones en las diversas elecciones legislativas y referéndums.

2. El *ballottage* del general de Gaulle. Prácticamente, nadie lo esperaba, a pesar de lo que decían los sondeos, y puesto que existía un porcentaje muy elevado de indecisos (que, al final, en general, suelen inclinarse por la fuerza mayoritaria).

3. Cuando se ha tratado de votar a favor o contra la reforma de la Constitución, los acuerdos de Evian, etc., la mayoría de los franceses se ha pronunciado por la política propuesta por el general de Gaulle; pero cuando se ha tratado de elegir entre varias posturas posibles, se ha visto que de Gaulle no cuenta —o por lo menos ya no cuenta— con la mayoría absoluta

de votos. De Gaulle no tuvo esto en cuenta. De 61,75 por 100 (referéndum de octubre 62) pasa a 43,97 por 100 ahora, en la metrópoli.

4. Esto nos conduce a decir que el elector votó como si se tratara más de unas elecciones legislativas que de un referéndum. En efecto: el U. N. R. acapara todos los escaños de París en la Asamblea nacional. Sin embargo, de Gaulle sólo obtuvo en la capital el 44 por 100 de votos el 5 de diciembre. El U. N. R. detenta ocho de los diez escaños parlamentarios del departamento del Ródano, cuatro de los seis de los Alpes-Marítimos y 15 de los 17 de Seine-et-Oise, mientras que de Gaulle ha obtenido ahora 37,93, 41,21 y 41,34 por 100 de los votos, respectivamente.

5. Quien produjo la derrota de de Gaulle fué Lecanuet, como estaba previsto. Esto parece probar, entre otros, el hecho de que en varios departamentos tradicionalmente gaullistas, en que el general de Gaulle ni siquiera obtuvo la mayoría relativa, fuese Lecanuet el vencedor. De ahí la enorme irritación de los gaullistas contra el candidato centrista.

6. Mitterrand no obtuvo todos los votos que en las elecciones legislativas de 1962 sumaron todos los partidos que ahora sostenían al candidato único de la izquierda. De Gaulle se hizo con una parte de esos votos.

7. Sin embargo, de Gaulle ha perdido votos del centro y de la derecha, en favor de Lecanuet y de Tixier-Vignancour.

La naturaleza de este trabajo no permite recoger el gran número de comentarios de la prensa francesa y extranjera, y de los políticos de las diversas tendencias, sobre los resultados de la votación. Pero es obligado recoger las líneas fundamentales de estas reflexiones.

El más felicitado de los candidatos fué, naturalmente, Mitterrand, que quedaba emplazado para el 19 de diciembre. «La victoria de hoy —declaró— es la de toda la izquierda y no la victoria de François Mitterrand solo.»

Lecanuet mostró su satisfacción porque «de Gaulle no tiene la mayoría de los sufragios. Su política no cuenta ya con la aprobación de la mayoría del país (...). En el país se afirma una gran corriente irreversible demócrata, social y europea».

Tixier-Vignancour dijo: «Mi único fin era situar al general de Gaulle en *ballottage*. Lo está. Soy feliz. Si se vuelve a presentar, haré lo posible por asegurar su derrota, sea quien fuere el candidato que le acompañe en la última batalla (...). Por lo que me afecta, yo voto por Mitterrand.»

De Gaulle no hizo declaración de ningún tipo, pero sí los miembros del Gobierno y las personalidades gaullistas. Sus comentarios de fondo iban dirigidos contra Lecanuet. Así, Pompidou declaró: «Si se ponen a un lado los votos poco numerosos de la extrema derecha, se advierte que las candidaturas de dispersión y de división han logrado que se difiera la gran mani-

festación de la voluntad nacional, y así, han hecho un mal servicio a Francia. El país se da cuenta de ello y extraerá la lección.»

Y Debré: «Si el general de Gaulle no ha obtenido la mayoría absoluta en la primera votación, el responsable de ello es Lecanuet. En nombre de Europa, Lecanuet se ha hecho el instrumento de la desunión francesa. En nombre de la democracia, se ha hecho el instrumento del desorden en la República.»

En fin, Frey, ministro del Interior, intervino en la televisión el día 6 para hacer el comentario siguiente, que sorprendió a muchos e irritó a no pocos:

«Con 44,61 por 100 de votos, el general de Gaulle llega netamente por delante de sus cinco concurrentes.

Mitterrand, candidato del partido comunista, de los diversos partidos socialistas y del partido radical, no ha conseguido reunir el total de sus votos; votos que son, por otra parte, muy distintos en lo que concierne a la política extranjera.

Esta observación se aplica, en parte, a Lecanuet, cuyo total de votos es inferior en porcentaje a lo que habían obtenido en las elecciones legislativas de 1962 los partidos que le sostenían, el M. R. P. y el Centro Nacional de Independientes, y esto a pesar de la aportación de los votos poujadistas y de un desplazamiento de votos de la extrema derecha de Tixier-Vignancour a su favor.

Por este hecho, la operación llamada centrista es un fracaso y aparece como lo que era, es decir, una operación de división nacional, dirigida únicamente contra el general de Gaulle, y que favorece, por lo tanto, la candidatura de Mitterrand.»

A lo que Viansson-Ponté respondió (*Le Monde*, 8 diciembre 65):

«¿Por qué una voz oficial se levanta así para acusar ante la opinión a Lecanuet como culpable de una "operación de división nacional" por el hecho de presentarse?

¿Es que está prohibido, so pena de ser acusado ante la nación, estigmatizado como una especie de traidor, ser candidato contra el general de Gaulle? Este ha aceptado, por primera vez desde que llegó a la política, someterse en persona al juicio del sufragio universal: está bien, aunque esto no le haya salido bien en la primera prueba, como esperaba. Evidentemente, hubiera sido más

cómodo para él que ningún adversario se presentara... Pero no es un crimen ni una falta atreverse a afrontarle: es, simplemente, un derecho.»

Y Pierre Limagne escribía en *La Croix* (8 diciembre 65):

«Si el libre juego de la democracia, con sus vicisitudes desagradables, tanto para unos como para otros, equivale a la "división nacional", en ese caso no hay lugar más que para el partido único, con todas sus consecuencias totalitarias.»

Los comentarios de las diversas figuras políticas de la oposición pueden resumirse así: el resultado de la votación demuestra que, debido a la libre crítica que el ciudadano ha podido presenciar durante los días de la campaña, aquél tiene sus reservas acerca del monólogo observado durante siete años, de la política europea y del carácter conservador de la política económica y social.

La Prensa extranjera reflejó, sobre todo, tres ideas: 1) Sorpresa. Todos los comentarios coinciden. 2) Regocijo, en general, sobre todo en los países del Mercado Común, que consideran la votación del día 5 como una victoria europea. 3) Una lección de humildad para de Gaulle, el fracaso de su política paternalista (cfr. *Le Monde*, 8 diciembre 65).

Y también una idea en boca de muchos, expresada así por un periodista:

«No; ya no se podrá gobernar Francia como antes, es decir, en ejecución de decisiones tomadas en el secreto presidencial, sin control y, a menudo, sin consejos.

La campaña electoral ha devuelto a los franceses el gusto de interesarse directamente por asuntos públicos, el gusto de querer comprender, el gusto de pedir cuentas.

Sea o no candidato el general, cualquiera que fuere el resultado de la segunda votación, tengamos esto por cierto: ya no se admitirá que el Jefe del Estado monologue durante siete años; le será preciso aceptar el diálogo no sólo con los países y sus representantes, sino también con sus ministros» (André Guérin en *L'Aurore*, 7 diciembre 65).

Un interrogante estaba en el ánimo de todos, tras los resultados del 5 de diciembre: ¿Será de Gaulle candidato el día 19? La respuesta, afirmativa.

no se hizo esperar, con lo que la batalla volvía a entablarse entre dos hombres, cara a la decisión final, que todo el mundo pronosticaba favorable a de Gaulle.

### LA SEGUNDA VOTACIÓN

Según los términos de la Constitución, en caso de que ningún candidato obtenga la mayoría absoluta de los votos válidamente emitidos en la primera votación, debe tener lugar una segunda, dos semanas después. En esta segunda votación intervienen los dos candidatos que más votos obtuvieron en la primera. Si alguno de éstos desiste, el tercero le sustituye, y así sucesivamente.

#### *La campaña electoral*

El día 9, a las veinticuatro horas, expiró el plazo de que los candidatos podían disponer para retirar su candidatura. El día 10 se abrió oficialmente la segunda campaña, que había de ser sostenida por los dos candidatos y por sus seguidores con el mayor ardor. La lucha fué espectacular y dramática: se oponían dos hombres de muy distinta edad, maneras y visión política.

Dos planos se pueden distinguir en esta segunda campaña: 1) La labor llevada a cabo por los estados mayores de ambos candidatos, a través de conferencias, discursos, reunión de adhesiones, etc. 2) El duelo de Gaulle-Mitterrand en la televisión.

En cuanto al primero es de destacar, por parte de los gaullistas, la actividad inusitada que desarrollaron los miembros del Gobierno. Antes de que de Gaulle diera a conocer su decisión de participar en la jornada del día 19, el Gobierno y el U. N. R. trazaron su plan de actuación con todo detalle.

Pompidou, verdadero jefe de estado mayor de la campaña electoral, dió a conocer el día 9 a doscientos diputados de la mayoría los grandes temas a que había que aludir: se trataba de destacar que también el gaullismo, frente a las promesas demogógicas de la oposición, puede abrir los caminos del porvenir. Los oradores, en la campaña electoral —siguió diciendo Pompidou—, se ocuparán de señalar el esfuerzo que el Gobierno está decidido a hacer por el progreso social y por la construcción de Europa, de una Europa sólida, en la que estarán defendidos los intereses de los agricultores franceses. En ningún caso había que dar la impresión de que se trataba de una batalla entre la derecha y la izquierda, no hay que hablar de «frente popular» y se puede olvidar a Lecanuet, que ya no cuenta: lo que va encaminado a no perder los votos ni de la extrema izquierda ni de Lecanuet.

Toda la geografía del país fué recorrida por los ministros y personalidades gaullistas más destacados, afirmando y repitiendo los temas aludidos. El punto culminante de este despliegue de fuerzas lo marcó la conferencia de prensa que sostuvo Pompidou ante cuatrocientos periodistas, el 16 de diciembre (49). Las últimas reuniones gaullistas fueron acompañadas de ruidosas manifestaciones en contra, que obligaron incluso a que la policía interviniera (50).

No menos activa fué la campaña de los seguidores de Mitterrand. En particular, periódicos que sostenían su candidatura, como *Le Monde*, se preocuparon de destacar a diario la adhesión, verdaderamente abundante y significativa, de muchos grupos y líderes políticos, sindicatos, etc. El propio Mitterrand cerró su recorrido con una impresionante demostración en Toulouse, el 17 de diciembre.

Era interesante, por otra parte, conocer la postura que iban a adoptar los candidatos vencidos en la primera votación, y en particular Lecanuet y Tixier-Vignancour. El segundo, como estaba previsto, se volcó decididamente en favor de Mitterrand. En cuanto al primero, el M. R. P. propuso, el 7 de diciembre, dejar en libertad a sus seguidores, pero Lecanuet les invitó, en una primera declaración (8 de diciembre), a votar por una «Europa política unida», y el 16 pedía a sus electores que no votaran por de Gaulle (es decir: o por Mitterrand o en blanco) (51).

Con todo ello, Mitterrand resultaba ser un candidato apoyado por una curiosa amalgama de electores, procedentes de los más diversos sectores: desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha. De ahí las dificultades de Mitterrand a la hora de exponer su programa: no era, en efecto, fácil conciliar intereses tan diversos.

Pero el factor más decisivo y que más había de apasionar a los ciudadanos franceses en esta segunda campaña era el duelo personal sostenido durante una semana, ante las cámaras de la televisión, por de Gaulle y Mitterrand.

De Gaulle, por de pronto, rectificando su postura de la primera campaña, anunció que haría «amplio uso» del tiempo que le correspondía, lo que, en efecto, así ocurrió. Cada candidato disponía de dos horas de televisión y dos horas de radio.

Las intervenciones ante la televisión se desarrollaron dentro de los tér-

---

(49) Cfr. *Le Figaro*, 17 de diciembre de 1965.

(50) Cfr. *Le Monde*, 19-20 de diciembre de 1965.

(51) Véase su declaración en *Le Monde*, 17 de diciembre de 1965.

mines de la corrección personal. Tuvieron lugar los días 11, 13, 14, 15 y 17 de diciembre.

La nota más destacada fué la aparición de un de Gaulle nuevo, absolutamente desconocido de los franceses. En efecto, hasta ahora siempre de Gaulle había intervenido en la televisión bajo la forma de «alocuciones», muy bien construídas y dichas desde el punto de vista retórico, pero que pecaban de demasiado solemnes y generales: no descendían a los problemas concretos. O bien bajo la forma de conferencias de prensa ante centenares de periodistas, que nunca han tenido el carácter de las conferencias de prensa del Presidente americano o de los gobernantes de otras democracias occidentales.

Esta vez, de Gaulle se hizo interrogar (los días 13, 14 y 15) por un periodista. Aunque, naturalmente, las preguntas estaban previstas de antemano, el nuevo método adoptado proporcionó a de Gaulle la ocasión de hablar de problemas muy concretos, en un tono y con una soltura que nadie pudo imaginar (52).

De Gaulle dedicó la intervención del día 13 a hablar de los problemas de política interior (economía, agricultura, enseñanza, teléfonos, carreteras...), con gran riqueza de datos, comparados con los de la IV República, sobre todo, y con los de otros países; el día 14 se refirió a la política internacional y en particular al Mercado Común, exponiendo sus tesis y respondiendo de manera precisa a las críticas que se le han venido haciendo durante estos últimos años. El día 15 lo dedicó al examen de las instituciones políticas de la V República.

Mitterrand dedicó buena parte de sus esfuerzos a comentar las tesis de de Gaulle. Así, por ejemplo, en su actuación del día 13 criticó duramente la política extranjera del Presidente. En sustancia, su pensamiento era éste: «¿Puede decirse que hay una política extranjera del Jefe del Estado? No lo creo; ha hecho todas, desde hace siete años.» Naturalmente, uno de los puntos más vivamente criticados por Mitterrand —y al cual es muy sensible la opinión pública— fué el de la *force de frappe*.

La intervención de Mitterrand del día 14 fué una refutación, punto por punto, de los datos y cifras manejados por de Gaulle la víspera, en punto a política interior. En fin, el día 15 se refirió a la imposibilidad de edificar una verdadera democracia sobre un hombre aislado.

Los dos candidatos cerraron la campaña en la televisión el día 17 con sendas alocuciones.

---

(52) Véanse, en este sentido, los jugosos comentarios de un periódico tan poco sospechoso de gaullismo como *Le Monde*, 15 y 16 de diciembre de 1965.

*Los resultados de la votación*

La segunda votación tuvo lugar el día 19 de diciembre. Nadie dudaba de que de Gaulle vencería en esta confrontación definitiva, pero había la incógnita de la actitud de los electores que siguieron el día 5 a Lecanuet, a cuya consigna se esperaba que no todos respondieran.

Los sondeos, esta vez, fueron aún más exactos que la primera. El realizado por el I. F. O. arrojó 55 por 100 de votos por de Gaulle y 45 por 100 por Mitterrand; el de la S. O. F. R. E. S., 54 y 46 por 100.

Las urnas estuvieron abiertas, como en la primera votación, hasta las diecinueve horas, salvo en algunas ciudades, hasta las veinte horas. Es de notar la perfecta organización del escrutinio: antes de medianoche era ya conocido el resultado de la votación por todos los franceses, merced a los servicios del Ministerio del Interior y de la O. R. T. F.

Los resultados de esta segunda votación fueron los siguientes:

Inscritos.....	28.902.704
Abstenciones.....	4.531.057 (15,67 por 100)
Votantes.....	24.371.647 (84,33 por 100)
Votos blancos o nulos.....	668.213
Votos válidos.....	23.703.434
De Gaulle.....	13.083.699 (55,19 por 100)
Mitterrand.....	10.619.735 (44,81 por 100)

Por lo que se refiere a la metrópoli, de Gaulle obtuvo la mayoría en 66 departamentos; Mitterrand, en 24, situados en el sur y centro del país, que coinciden, en buena parte, con los departamentos en que el referéndum de octubre de 1962 no obtuvo la mayoría.

Esta segunda votación no ofrece muchas sorpresas.

El porcentaje de abstenciones es ligeramente superior al del día 5, contra lo que se temía, lo que dice mucho del espíritu cívico del elector francés. El porcentaje de votos blancos o nulos es superior al del día 5, pero en escasa medida, contra lo que se temía también.

Sobre el interesante problema de saber a quién fueron a parar los votos de Lecanuet y Tixier-Vignancour habrá que esperar a un análisis más detallado, todavía difícil de fijar a la hora en que se cierra este estudio, pero se puede desde ahora adelantar que de Gaulle ha reunido una amplia parte de los votos de aquéllos en las regiones del este y del oeste, tradicionalmente gaullistas. En las demás regiones parece que se han repartido equilibradamente entre los dos candidatos, con ventaja para Mitterrand en las ciudades. Parece tam-

bién que éste se ha beneficiado sensiblemente de los votos de Tixier-Vignancour en las regiones en que están instalados numerosos repatriados.

Si en Francia el resultado del día 19 a nadie sorprendió, tampoco en el extranjero. Eran conocidos los sondeos, a los que esta vez se prestó atención. Muchas capitales extranjeras, que se regocijaron del *ballottage* del general de Gaulle, aceptaron ahora su elección como «mal menor», ante el temor que podría representar la elección de un candidato sostenido por los comunistas.

En lo que coinciden todos los comentarios, nacionales y extranjeros, es en que, en adelante, la política y la actitud del general de Gaulle no podrán ser las mismas que hasta aquí, en lo que no parecen andar muy equivocados, pues los ministros de de Gaulle han dejado entrever que la política francesa podrá ser revisada, y el propio Presidente, en la declaración hecha el 21 de diciembre, dijo que la nueva República «va a desarrollar con redoblado ardor, al servicio de Francia y en provecho de todos los franceses, su obra de progreso, de independencia y de paz».

Claro que estas declaraciones no bastan aún a los que, escépticos, no creen en la capacidad de conversión del régimen. Ahora la vista de todos está fija en las elecciones legislativas de la primavera de 1967.

RAFAEL ECHEVERRÍA

### R É S U M É

*Les élections présidentielles françaises sont un fait dont l'importance ne saurait échapper à personne. L'auteur de cet article a suivi de très près - sur le sol français même - cet important événement - et en analyse pour nous les différentes péripéties, en tout détail et avec une grande clarté.*

*Il passe en revue successivement; l'essai Defferre, avec son ambitieux plan politique de la F. D. S.; l'attitude des divers groupes politiques, les candidatures définitives, l'affaire Pinay, la candidature des gauches —M. Mitterrand—, celle du centre M. Lecanuet, la candidature de de Gaulle, qui font l'objet de la première partie, la seconde étant consacrée à la campagne électorale elle-même, au programme des candidats, à l'attitude du général de Gaulle, et finalement aux résultats des deux scrutins.*

### S U M M A R Y

*The French presidential elections are a political fact, the importance of which escapes no one. The author of this article has closely followed —on*

French soil— this singular event and analyzes the different vicissitudes in a clear and detailed survey.

The antecedents, the Defferre attempt with his ambitious political plan of the F. D. S., the attitudes of the various political groups, the definitive list of candidates, the Pinay "affair", the left hand candidate Mitterrand, the central candidate Lecanuet, the de Gaulle candidacy, are all included in these pages for the purpose of analyzing in the second part the electoral campaign, the programmes of the candidates, de Gaulle's attitude and the votings with the final result.